

EL DISCURSO DEL ENSAYO, A PROPOSITO DE *O CONTRÔLE DO IMAGINARIO*

Roberto Hozven

The Catholic University of America

O contrôle do imaginário: Razão e imaginário no Occidente (Sao Paulo: Editora brasiliense, 1984), del brasileño Luiz Costa Lima (en adelante LCL), permite por lo menos tres lecturas diferentes: dos inmediatas y una mediata, teórica, que tanto funda a las precedentes como se infiere de ellas.

UN LIBRO: TRES LECTURAS

La primera lectura —por la que LCL abre su libro— es la que nos invita a dilucidar con el autor el itinerario conceptual e histórico que asume en Occidente el “veto” de la mimesis (ficticia e histórica) a través de las diferentes formaciones culturales que van desde la época clásica hasta mediados del siglo XIX. Aclaremos que cuando LCL escribe *veto*, esta palabra significa tanto “prohibir”, que es su sentido manifiesto, como “obligar a hacer” otra cosa que lo que se prohíbe, que es su complemento invisible, solapadamente coactivo y, por eso, más inicualemente represivo. El interés de LCL será reconstituir las transformaciones experimentadas por la mimesis bajo estos vetos, reconstituir “las condiciones prohibidas y coactivas a que tuvo que someterse desde la época clásica hasta mediados del siglo XIX para que pudiese presentarse como discurso legitimable”. (*Op. cit.*, “Nota introductoria”, p. 9)*

La mimesis ya no es considerada como una invariante ontológica o literaria desligada de las formaciones históricas circundantes sino que,

*Para facilitar la lectura, traduzco al español todas las citas en otra lengua. Cuando fue posible utilicé las traducciones editadas. *O contrôle...* aparecerá pronto en inglés en las ediciones de la Universidad de Minnesota.

precisamente, es aprehendida como un caso de *transposición*¹ particular de los moldes sociales coexistentes al texto literario. Esto significa que LCL desarrolla las determinaciones estéticas e históricas que rigieron el diálogo cada vez particular (según se haya efectuado en la época clásica, ilustrada, romántica o positivista) que se produjo entre texto y sociedad o, más específicamente, entre el esquema semiótico que regula al texto y los moldes conceptuales y expectativas sociales que dimensionan un sentido históricamente determinado en la recepción del lector. LCL revisa los presupuestos de este diálogo en tres períodos de mutación: (a) de la edad media al renacimiento, (b) de la ilustración al romanticismo y (c) del romanticismo al positivismo. Esta primera lectura cubre los tres primeros capítulos.

La segunda lectura está dedicada a estudiar la aclimatación de la mimesis romántica y evolucionista europea (tal cual fuera reseñada antes) por la literatura brasileña del siglo XIX y comienzos del XX. El

¹En términos de LCL, la *transposición* es "el procedimiento por el que un agente realiza acciones que, desde el punto de vista del molde básico (*primary frame*), tendrían un significado que, sin embargo, ahí no se aplica". O cuando "Frente a una observación, el destinatario reacciona de una manera distinta de lo que sería previsible" (cuando comenta el libro de Ervin Goffman. *Frame Analysis* en su *Dispersa demanda* [Rio de Janeiro: Fco. Alves Eds., 1981]: 224). Estudiar la mimesis como un fenómeno transpositivo significa, fundamentalmente, concebirla y pensarla como una **operación**: operación de conversión, de "flexibilización" o de "maquillamiento" de la semiosis cuando se la transpone o re-adapta desde un contexto A (por ejemplo, uno pragmático, orientado a manipular el mundo) a uno B (por ejemplo, a otro literario, orientado a extrañarlo o escenificarlo verbalmente). En suma, lo que se enfatiza en este pasaje transformado del sentido desde un sistema de signos a otro son dos constantes:

1) función *deformante* de los procedimientos que flexibilizan o re-adaptan un mensaje x , proveniente de un sistema de signos A, al decodificarlo como \acute{x} dentro de un sistema de signos B;

2) el rol necesariamente *mediador* que cumple el sistema de representaciones histórico-social al inter-actuar entre el sistema interpretado A y el interpretante B, e.d. cuando hace intervenir las peculiaridades de una coyuntura histórica determinada entre los procesos de producción y de recepción transpuesta de mensajes.

De esta manera, el estudio de los fenómenos transpositivos encuentra en su camino dos disciplinas —allende de la poética— que le serán indispensables: la sociología y el psicoanálisis. A la primera acudirá por razones de contenido; a la segunda tanto por razones de contenido (puesto que "Las clasificaciones y los modos como ellas se actualizan resultan de la forma como se procesan las inter-acciones humanas". Cf. *Ibid.*: 220) como formales y conceptuales (¡en la medida que el inconsciente opera deformando sus contenidos!). Por ejemplo, cuando LCL acude a los tres registros operativos en que Freud comprende la noción de *identificación* para demostrar el carácter dialéctico con que la transposición opera sobre las representaciones sociales, a las cuales tanto puede corroborar, como negar, desdoblar, radicalizar o inversar dentro del texto producido (cf. *ibid.*: 64-65 e *supra*: 12-13).

método seguido es el mismo: examen de los moldes transpositivos por los que la literatura dialoga con las representaciones y moldes históricos dominantes en la sociedad brasileña de ese tiempo. Esta lectura ocupa los caps. iv, v y la tercera división del cap. 11. Al examinar los moldes conceptuales e históricos que presidieron el diálogo entre literatura y sociedad en la primera mitad del siglo XIX, LCL identifica y describe algunos de los moldes culturales operantes tanto en el seno de la cultura brasileña como en las relaciones de ésta con la europea. Aunque se circunscriba el caso del Brasil y al estudio de la primera generación romántica a través de su diálogo con el viajero romántico francés Ferdinand Denis, formulaciones tales como el "doble estándar" del discurso criollo (farsante hacia el extranjero al que se procura deslumbrar y arrogante hacia el connacional al que se trata de dominar) o "eliminación de las diferencias entre los espacios discursivos" (estrategia terrorista por la que se insta a la obediencia al subyugar la lengua de la tribu bajo la legalidad de un mismo verosímil) conforman, en la Hispanoamérica de hoy, estrategias de represión discursiva tan actuales como las decodificadas por LCL en los asombros más que centenarios de Denis (*op. cit.*: 130-2).

¿Un paralelo contemporáneo? La forma en que la escritura latinoamericana asume la censura. De acuerdo a la hipótesis de Noé Jitrik: [en Latinoamérica] "la única escritura que se lee es la censurada", es decir aquella que no "*pudo concluir su gesto*, en cuanto el ser de la escritura residiría *en lo que no se dice en la escritura*". ("La escritura y la muerte", pp. 23-24, estudio preliminar a G. García Márquez. *El coronel no tiene quien le escriba* [Buenos Aires: Librería del Colegio, 1975]). Hipótesis cultural que trata de comprender el efecto manifiesto de la censura (su coerción explícita) remontando hacia las fuentes donde se procesa el diálogo inter-subjetivo sostenido por el sujeto (censurado) y el texto (censurado) producido. Diálogo donde menos se escribe "bajo el efecto de la censura" que la censura misma, hecha proceso, escribe en el texto a través de los sujetos que la (y lo) actualizan, escribe lo que éstos no podrán nunca asumir ni concluir. De hecho, la censura no actúa puntualmente sobre el objeto tachado sino que afecta, igualmente, la perspectiva desde la cual se lo considera y, desde ahí, termina por absorber la totalidad del proceso por el que ella se reproduce. La censura no está en el objeto tachado sino que en el proceso, de hecho ella es el proceso por el que actúa. La censura es visible, está delante de los ojos, es lo único que se lee pero es también lo que imposibilita el ejercicio del metalenguaje y la distancia del conocimiento. Su forma de ser en relación a los sujetos que la experimentan es la de la escisión, en relación a lo dicho la de signo inconcluso —*escribe con justeza Jitrik*—

y el modo por el que se la reconoce el de la decodificación indirecta. La censura —como los felinos, según los estudios de Konrad Lorenz— se relaja, se entrega sólo a la mirada que la coge de soslayo, a la mirada que “cae al lado” y que la reconoce por la vibración de tensiones ocultas con que desfigura lo dicho y aísla a sus interlocutores. Momento álgido de mala fe de la censura: cuando subyuga a los sujetos que la sufren como una entidad discontinua y ajena con respecto a su contexto sufriente. El restablecimiento de la continuidad entre sujeto inhibido y contexto desfigurado sería el de hacer decir a la frase lo que la inhibe en el momento en que se la elocuta. Por el contrario, dos formas culturales de signo inconcluso estimuladas por la censura latino-americana han sido la de la defensa palinódica, cuando se transgreden límites previsibles (vértice “oportunista” de la auto-censura) y el de la ruminación defensiva hacia el futuro, estrategia de contra-censura destinada a prevenir consecuencias catastróficas (vértice obsesivo, cf. Roberto Hozven, “Censura, auto-censura y contra-censura: reflexiones acerca de un simposio”, *Chasqui* xii, (1), 1982: 70-71). Estas experiencias culturales condicionan una manera de leer que bien podría llamarse “lectura defensiva” o por “moldes vacíos”. Las modalidades que reviste esta experiencia en el texto brasileño (por ejemplo: narrativa en palimpsesto de Machado de Assis) conforma lo esencial de esta segunda lectura; el desarrollo de los cuadros teóricos dentro de los que es posible pensarla conformará el meollo de la tercera lectura, a que este libro también nos invita.

La tercera lectura resulta de la reflexión teórica a que se someten las dos primeras, es decir, menos ocupa un lugar (aunque contingentemente se concentre en los sub-caps. 5, dentro del I, 1 y 3 dentro del III y en el 3 dentro del IV) que sobredetermina una manera de pensar y disponer el material epistemológico, histórico y literario con el que se trabaja y al que conscientemente, también, se *re-escrive*. Subrayo “re-escrive” porque para LCL la realidad que emerge de su estudio (o que su estudio hace emerger) es un signo intelegible del resultado de su análisis, un efecto particular de los procedimientos operacionales por los que se piensan y procesan los acontecimientos histórico-literarios. Es decir, los fenómenos que se estudian no constituyen una realidad idéntica a sí misma y que permanece invariable a través de la escritura que la intelegibiliza. Para LCL lo “real” no proviene de un postulado analítico sino que es efecto de un resultado analítico que tanto es generado como genera, progresivamente, criterios cada vez más y más finos de distintividad. Esta actividad es “teórica” en dos sentidos: en el de los contenidos y en el de la forma.

En el nivel de los contenidos, la reflexión de LCL trabaja en la zona

de intersección formada por nociones y sistemas teóricos provenientes de varias disciplinas:

Primero, de los estudios socio-literarios propuestos por la teoría de la recepción alemana (W. Iser), de los que se retiene la dialéctica de la ficción concebida como un fenómeno resultante del encuentro del esquema propuesto por la obra con las expectativas sociales que informan al lector;

Segundo, de los estudios que re-elaboran la noción de mimesis, de representación. Reformulación efectuada por el psicoanálisis freudiano y por el giro que el mismo LCL le imprime a la reflexión sociológica de Ervin Goffman. Por Freud, cuando éste concibe y describe al inconsciente como un sistema que *desfigura sus contenidos*. LCL subraya las nociones de "identificación" y de "resistencia", núcleos que posibilitan una comprensión *no* esencialista de la mimesis. Por la sociología, enseguida, cuando ésta acuña la noción de "transposición" (procedimiento de "flexibilización" de los moldes primarios, según la elaboración de E. Goffman; cf. nota 1) que LCL utiliza para pensar la relación sociedad-texto literario;

Tercero, de las investigaciones sobre los "Speech-Acts" realizadas por J. Austin y J. Searle, de los que retiene los "actos ilocutorios" aunque revisando su sentido en función de los procesos transpositivos;

y "Last but not least", inscripción de todo el itinerario anterior en el espacio epistemológico inaugurado por las ciencias del signo: los referentes (la "realidad") no se confunden con las clasificaciones (lo "real") sino que éstas estructuran a aquéllos como *signos* (aunque concluyamos aprehendiéndolos como referentes "naturalizados") en el proceso de inter-acción social. Son signos, y no referentes naturalizados, los que constituyen los límites visibles e invisibles de nuestra realidad factual y trascendental, aunque bajo el imperio del uso cotidiano concluyamos confundiéndolos con los objetos.

La dinámica transpositiva por la que se reflexionan las relaciones entre las distintas clasificaciones sociales (antropológicas, literarias, sociales, psicoanalíticas, etc.) se desplaza entre los mismos polos que determinan la producción y recepción estéticas: (a) polo de la *identificación* —no asimilar con el término homónimo en Freud—, forjador de catarsis placentera en la medida que establece una relación de semejanza entre las representaciones del lector (provenientes del horizonte común de expectativas sociales) y las que proporciona el esquema de la obra; (b) polo de la *diferencia*, forjador de reconocimiento crítico en la medida que genera una distancia con respecto de sí y de las objetividades, distancia que permite pensar tanto las convenciones sociales y

poéticas que conforman esas objetividades como el discurso por el que ellas nos son conocidas. Distancia a la que le viene bien la caracterización que J. Derrida formula con respecto a la palabra del escritor auténtico: "hablar es saber que el pensamiento debe devenir extraño consigo mismo para decirse y aparecer" (cf. *L'écriture et la différance* [Paris: Seuil, 1967]: 19 n. 1). Lejos queda de esta reflexión cualquier tipo de ilusión esencialista que postule un determinismo enmascarado entre un orden socio-histórico o psíquico condicionante y sus reflejos condicionados.

En el nivel formal este ensayo es teórico en el sentido de que pone en práctica un metalenguaje "sin barreras", sea con respecto a sí mismo o con respecto a los discursos eruditos con que trabaja. Discurso sin barreras con respecto a sí mismo cuando se alimenta de sus propias vacilaciones o cuando avanza documentando sus propios errores; sin barreras con respecto al saber aportado por los otros discursos culturales cuando LCL los interpreta dinámicamente (aplicándolos a zonas de conocimiento no previstas) o bien cuando se deja interpretar por su fuerza de derivación potencializando significaciones o caminos imprevistos en el momento de partida. En este sentido, el metalenguaje que practica LCL nunca cita conocimientos sino que más bien potencializa esos conocimientos ajenos (en sus verdades o errores) a través de su propio derrotero enunciativo. Lo que ocurre es que los referentes de los discursos científicos con que trabaja LCL no son aprehendidos abstractamente (es decir, sin reflexión del contexto en el que se los pretende re-funcionalizar) sino que, constantemente, LCL remonta al contrato de referenciación implícito que fundó y que legitimó la efectividad de esos referentes en el momento en que fueron acuñados como tales². Luego, LCL no trabaja con sentidos fetichizados (e.d. con abs-

²Por ejemplo, cuando LCL escribe: "El psicoanálisis, podemos decir, nace del horizonte de experiencia abierto por los románticos" (*op. cit.*: 65). Esta afirmación se decodifica y justifica a partir de un triple orden de relaciones: (1) con lo que la antecede genéticamente, (2) con lo que coexiste con ella en el orden de las simultaneidades, a las que tanto convalida como recusa y (3) con lo que prefigura bajo el modo del antefuturo, en cuanto anuncia la venida de la nueva racionalidad freudiana bajo las formas inminentes de la poesía "progresiva" y "trascendental" propuesta por Fr. Schlegel. Recorramos este triple orden de relaciones paso a paso:

Primero, esta afirmación viene **DESPUÉS** de un resumen evolutivo de las distintas restricciones conceptuales que determinaron la comprensión de la mimesis desde el siglo xv al xviii: (a) como verosimilitud subordinada a las reglas universales del "decoro" durante el Renacimiento, (b) como "razón deductiva", de inspiración matemática, durante el s. xvii y (c) como "razón analítica", inspirada en la racionalidad fáctica y positiva de las ciencias naturales (Newton) durante la Ilustración. Esta evolución conceptual restric-

tracciones, referentes sin adaptación al nuevo contexto) sino que con sentidos "en estado naciente", con sentidos que producen el efecto de haber sido concebidos para resolver las preguntas que plantea el nuevo contexto en que se los emplea. Este diálogo renovado entre el sustrato teórico que alimenta cada concepto y el nuevo contexto en que se lo funcionaliza produce ese efecto de re-escritura en su propia lectura que tanto singulariza sus escritos. Dicho de otro modo, cuando se leen sus textos se tiene la impresión de que el mismo LCL estuviera releendo con nosotros, por encima de nuestro hombro, lo que otro LCL escribió antes y, al cual, el LCL que re-lee con nosotros, le concede una credibilidad relativa, discutible y con la que potencialmente se puede disentir sin que ello implique un desacato regio para con la autoridad del que asevera. En suma, la cortesía de esta escritura consiste en que

tiva de la acepción aristotélica de *mimesis* (la que para Aristóteles no sólo era *natura naturata*, reproducción de lo ya creado, sino también *natura naturans*: reproducción de lo posible, de lo capaz de ser creado o concebido) es concomitante al desarrollo de los intereses socio-políticos y religiosos que van a servirse de la *mimesis* como un principio represivo estético paralelo al de las instituciones políticas. La *mimesis*, sea bajo su forma de "decoro", de "razón deductiva" o "analítica", va a contribuir ideológicamente con las instancias socio-políticas tanto en la centralización monárquica del Estado (en torno de una ley, una religión y un rey) como en la consolidación de su gobierno bajo la forma de Despotismo ilustrado.

Segundo, su afirmación **ANTECEDE** el estudio de la mutación de la racionalidad estética y política neoclásica operada por la irrupción del romanticismo, cuando éste promueve: (a) el *sentimiento nacionalista*, lo que significa reducir los valores transtemporales neoclásicos a sus bases historiográficas fundadas en la indagación del espíritu nacional; (b) el *espíritu auto-reflexivo* frente a la naturaleza, lo que significa servirse de la naturaleza como un medio para estimular la lectura de sí y de su historia.

Tercero, su afirmación **PREFIGURA** la racionalidad de la "otra escena", descrita por la experiencia psicoanalítica, al entre-leer en Schlegel y Coleridge algunos anuncios teóricos (muy luego abortados por razones de orfandad teórica y de contingencia histórica) de lo que un siglo más tarde describirá Freud dentro del contexto de la reflexión analítica. Algunos ejemplos de estas anticipaciones forjadas por el romanticismo extremo (y "fallido") de Fr. Schlegel y Coleridge serían: (a) sustitución de una *mimesis* esencialista por una *mimesis* auto-generadora de sus propios contenidos ("descentrada con respecto a cualquier instancia legisladora externa"); sentido en el que debe entenderse la postulación schlegeliana de la poesía como "progresiva" y "trascendental", e.d. simultáneamente operativa y teórica (*ibíd.*: 106); (b) comprensión de la subjetividad poética como un proceso de elaboración, como un proyecto de construcción y no ya como una energía expresiva proveniente de la visión interna de un sujeto empírico: el del "vate"; (c) postulación de una fuerza de "figuración inconsciente" para comprender la dinámica de la imitación artística (cf. *op. cit.*: 109-110).

En conclusión, la conexión establecida por LCL entre un movimiento literario y un nuevo tipo de racionalidad (la freudiana) no es puntual sino que se encadena con el triple orden de relaciones subyacentes a esa afirmación y que la van a determinar contextual y

en ningún momento escribe para el mármol o perora para la posteridad. Escritura sin nimbo para lectores de juglaría³.

Escribir científicamente en ciencias sociales —según la lección de LCL— implicaría dos actividades: por una parte, remontar a los contratos de referenciación tácitos que rigen los discursos eruditos; por otra, “abisalizar” la correspondencia entre las definiciones nominales y operacionales al inscribir entre ambas las voces de otras interpretaciones, ecos de otras “provincias finitas de sentidos” que puedan converger o divergir de la del autor. El efecto de esta estrategia discursiva en el lector será la del dialogismo de perspectivas interpretativas, e.d. si el ensayo de LCL se construye haciendo conversar y polemizar los distintos discursos que lo componen, el lector deberá igualmente rehacer el camino conversando y cuestionando los moldes sociales y conceptuales que modelaron sus propias experiencias analíticas y literarias. Lo que ocurre es que el diálogo entre las definiciones nominales y operacionales propicia igualmente el diálogo, ajustado o desajustado, entre los tipos de creencia que regulan la decodificación mimética del lector con los contratos de referencia que organizan y constituyen el saber vehiculado por los discursos eruditos; por lo mismo, el lector está obligado a efectuar una apropiación personal del saber, a madurar, a confrontar lo “ya sabido” con “lo por saberse” que resulte de la consideración de su propio contexto intelectual.

Hasta aquí lo esencial de las tres lecturas descritas en *O contrôle do imaginário*. A continuación procuraré demostrar muy sintéticamente cómo estas tres lecturas se imbrican, a su vez, en una escritura que las integra a todas. Si en un primer momento examiné separadamente cada una de las tres lecturas privilegiando su especificidad; en una segunda vuelta de tuerca, en cambio, las re-examinaré enfatizando sus

paradigmáticamente. Por ejemplo, más arriba afirmé que el romanticismo de Fr. Schlegel era “fallido”; practicando la estrategia de LCL, agregó: “fallido” con respecto al pensamiento freudiano, pero “logrado” con respecto al pensamiento romántico tradicional en cuanto rechaza las relaciones de transparencia que éste profesaba entre un orden condicionante (su privilegio por la historia y por la subjetividad) y su efecto condicionado (el texto como expresión del “genio” nacional o de la “visión” del vate).

Con respecto a las estrategias que revestirá la mimesis contemporánea para dar cuenta de la producción y recepción artísticas en sus relaciones con el sistema socio-histórico y psíquico, allende los marcos del esencialismo romántico o positivista, LCL las pone en escena de un modo ejemplar a todo lo largo de su texto. Puntualizaremos algunas de sus “estrategias transpositivas” en la segunda parte de este estudio.

³Atentando una relación “im-pertinente”: ¿homología probable con el intelectual deportivo y desenfadado que conocí conferenciando en tennis shoes en la Universidad de Minnesota?

relaciones de complementariedad en la unidad de un mismo movimiento. Así como el budista ve el universo en un grano de arena ¿por qué no distinguir la complementariedad de estas tres lecturas en un mismo movimiento armónico?

TRES LECTURAS EN UNA ESCRITURA

Apreciemos la unidad de la escritura de LCL, e.d. el proceso analítico por el que articula las tres lecturas examinadas, siguiéndole la pista al análisis que efectúa de un texto (y contexto) brasileño de comienzos del siglo xx: *Esau y Jacobo* de Machado de Assis (1904). Podríamos haber escogido, para el mismo propósito, cualesquiera de los otros análisis que dedica al Brasil (las relaciones de F. Denis con la primera generación romántica o su análisis de *Los sertones* de Euclides de Cunha) o a las diferentes prácticas miméticas protagonizadas sea por Diderot, Fr. Schlegel o Michelet. Pero —creo— el análisis efectuado sobre *Esau y Jacobo* se presta mejor para mostrar la pluralidad de aproximaciones relacionadas con las que trabaja LCL.

LCL analiza el texto y contexto de *Esau y Jacobo* mediante el entrecruce de varias perspectivas interpretativas, lo que produce un efecto conversacional o dialógico.

Para comenzar, LCL nos resume la trama de la novela en sus contextos. Esto no significa que el resumen efectuado sea argumentativo, biográfico o cronológico, como los suele hacer la crítica tradicional, sino que a través del rápido paso por estos niveles obvios del análisis (trama, sucesión y causalidad temporales, psicología de personajes, consideración de temas) LCL identifica un paradigma tácito, preñado de sentidos problemáticos y estimulantes para el análisis, que reconstruye y desarrolla tanto dentro del contexto novelesco como del molde de representaciones socio-históricas actuantes en la recepción. Por ejemplo, el paradigma tácito será el de la "elección amorosa"; las correlaciones que la integrarán, configuradoras de otros tantos puntos de partida y de llegada, serán el retorno a la patria como si volviese del exilio, el silencio del descampado rural extendiéndose sobre las urbes, la aclimatación del país como saudade, la configuración de la política como una actividad grave y ornamental, rol social de la mujer (adorno del lar, doña Bárbara castradora, Tartufo femenino, fierrecilla domada), etc. A esta PRIMERA perspectiva interpretativa la llamaría *estructural*, porque de un modo simple, económico y exhaustivo LCL nos expone una "matriz" del texto. Matriz en un sentido etimológico, ya que contiene en germen los engendramientos que se desarrollarán más tarde y, también, en un sentido metodológico ya que nos anticipa la ley

estructural del conjunto estudiado —conforme a la enseñanza lévi-straussiana⁴.

SEGUNDO, *rol metodológico de la homología*: la indecisión amorosa de Flora entre sus dos pretendientes (los gemelos) es la misma que encarna en su incapacidad para radicalizar sus preferencias artísticas entre el piano y la pintura. Indecisiones que con signo inverso oponen a los gemelos, puntualmente, en un nivel aparente ya que, a la luz del corpus de variantes y del análisis político de las instituciones del imperio, sus diferencias se anulan cuando las instancias socio-políticas aparecen desligadas de los intereses sociales efectivos. Del mismo modo, el tema del amor imposible, para una mujer, retorna, figuradamente para un artista, como el del “matrimonio” imposible de su actividad artística con el de la creación de una obra maestra cuando la sociedad que consume sus obras subordina ambos (artes y emociones) bajo un mismo patrón evaluativo como consecuencia de la ausencia de opciones artísticas o políticas. No pueden haber opciones allí donde no existe un sistema intelectual que estimule la producción, distribución y reconocimiento crítico de la individualidad y singularidad de las obras artísticas. La homología se revela así como un poderoso instrumento metodológico para llevar a cabo un análisis interdisciplinario capaz de percibir y describir relaciones semejantes entre sistemas de determinaciones diferentes (entre el socio-político y el narrativo-temático) sin caer en afirmaciones substancialistas, pues, lo que ocurre en la obra “no son documentos o reflejos de la sociedad, sino que han sido explicitados a partir de su desarrollo en la ficcionalidad” (*op. cit.*: 260). De este modo se cumple el objetivo inicialmente programado: “[tomando a Flora como prisma] explorar la relación entre su falta de decisión afectiva y profesional y el carácter de las instituciones socio-políticas de la segunda mitad del siglo XIX brasileño”. (*Op. cit.*: 243).

TERCERO, la forma que asumen en la narrativa de Machado de Assis asuntos tales como “felicidad del lar” (“microcosmos representativo de

⁴La *matriz*, dentro del modelo mítico de Claude Lévi-Strauss, designa el procedimiento por el que se efectúa una lectura tridimensional de un conjunto narrativo. Tridimensional (o “en profundidad”) porque resulta de la yuxtaposición de otras dos dimensiones: de la *secuencia* por la que se lo narra y del *esquema* por el que se lo comprende. La matriz de un conjunto narrativo nos proporciona así una sinopsis de tres tipos de relaciones: de las que nos transmite la trama (dispuestas de izquierda a derecha), de las que sintetiza el argumento (en columnas de arriba hacia abajo) y de las que estructuran el conjunto narrativo (cuando se las lee de adelante hacia atrás). La convergencia de estas lecturas, orquestadas por la construcción de la matriz, es la que nos permite entrever la ley estructural del conjunto. (Para una explicación más detallada, cf. mi “El modelo genético de Cl. Lévi-Strauss: desarrollos”, *Boletín de Filología* xxx, 1979: 51-89).

una identificación mayor con la tierra”, *ibíd.*: 245), “nostalgia por una sociedad apenas imaginada”, “sensación de sentirse exiliado o inferior en su propia tierra”, “actitud declamatoria frente a la naturaleza” o “rol gravemente ornamental de la actividad política” confirman *intertextualmente*, en la narrativa de Machado, la operatividad de los rasgos generales que presidieron la transposición del romanticismo europeo en Brasil. A saber: (a) literatos patrocinados por y coludidos con elite políticamente no representativas, en contraposición al diálogo polémico, negativo que sus pares sostuvieron con sus instituciones socio-políticas en Europa, (b) visión mistificada, exótica o documental de la naturaleza, efecto de un subjetivismo anti-reflexivo y sentimental; lo que se opone al espíritu de observación afincado en la auto-reflexión y en la vivencia historizada de la naturaleza en Europa, finalmente, (c) en ambas riberas del Atlántico se opera la “naturalización” de las formas narrativas, y con ella la represión de la imaginación liberadora, bajo los imperativos de la razón positivista. En Brasil, fue la tarea de la Escuela de Recife.

Establecido así el intertexto socio-histórico y literario que enmarcó la aclimatación tropical del romanticismo, LCL continúa su análisis de la obra de Machado demostrando que éste, especialmente en *Esau y Jacobo*, invierte las marcas de la relación historia-literatura cuando hace de la ficción literaria no ya una tributaria repetitiva de la primera (su mero reflejo) sino que un agente dinámico que transforma los horizontes de expectativa del lector al producir un nuevo nivel de lectura entre las relaciones de la historia con la ficción. Ese nuevo nivel es el de la radicalización y desdoblamiento de los paradigmas históricos a través de la configuración de una ficción corrosiva que opera mediante el palimpsesto:

“Como Machado vivía en un medio provinciano y bajo un Estado clientelístico, precisó desarrollar una técnica narrativa en palimpsesto, e.d., formada por dos estratos, uno aparentemente prudente, que esconde la virulencia crítica, y un segundo donde se la deposita. Sin embargo, el llamado a las instituciones socio-políticas, en la interpretación de la novela machadiana, no nos llevó a ninguna proximidad con una explicación reflexológica. Entre las instituciones de la realidad y la realización ficcional depositase la propia producción ficcional”. (*Op. cit.*: 259-60)

Insistiendo, más adelante:

“[Machado] invirtió los términos como la ficción se relacionaba contemporáneamente con la Historia: en vez de hacer aquella sumisa a los pasos de ésta, tomó la materia histórico-política como fuente para su desdoblamiento y radicalización”. (*loc. cit.*)

La producción de este nuevo nivel de lectura, según LCL, es lo que define, en propiedad, el carácter literario de un texto. Precisamente, su ausencia fue lo que hizo que una obra como *Los sertones*, de Euclides de Cunha, fuera considerada obra sociológica y no literaria. Este es el momento en que se hace necesario identificar y documentar una cuarta perspectiva interpretativa, también operante, dentro del análisis que LCL hace de *Esaú y Jacobo*: la teórico-literaria.

CUARTO, los presupuestos teórico-literarios de LCL intervienen en dos momentos: (1) cuando clasifica *Esaú y Jacobo* de discurso literario y no sociológico (como *Los sertones*, por ejemplo) evaluándolo, enseguida, de “moderno” por su carácter transgresivo con respecto a las expectativas del receptor, (2) cuando restablece su carácter literario a partir del procedimiento narrativo del palimpsesto, el cual, para ser percibido como tal, requiere un re-acondicionamiento de los dos ejes que rigen la producción y la recepción estética del fenómeno literario.

Con respecto a (1), siguiendo a W. Iser y a J. Searle, LCL diferencia los enunciados que “manipulan” el mundo de los que “provocan sensaciones de familiaridad y extrañamiento” en el lector. Con esta oposición construye las siguientes correlaciones: los enunciados no-ficticios son a los ficticios así como los enunciados con “fondo semántico predominante” son a los enunciados con “fondo imaginario prevalente”. Lo que significa que si los primeros se subordinan a la pregunta “¿es verdad o falso que...?”, igual a la fórmula “eso quiere decir que...”; los segundos, en cambio, se sirven del fondo semántico como de un “conjunto de orientaciones” que serán semantizadas por cada lector conforme a las relaciones que se establezcan entre el esquema de la obra y el molde de representaciones sociales históricamente determinado que condiciona la recepción. Con respecto a la calificación de “moderno”, esta evaluación se funda en la observación de que la literatura moderna parece complacerse “irritando”, “decepcionando” los paradigmas culturales del lector en vez de confirmarlos, como lo hacía, en general, la literatura realista y en particular la novela de tesis. Irritación no forma un paradigma con irrisión o irrealismo atribuidos a la obra moderna, sino que, más bien —recordando un comentario de B. Brecht—, la irritación a que se invita al lector tendría como corolario social el hacerle evidente el excedente socio-histórico inasimilable que la literatura no puede franquear ni asimilar de otro modo que no sea por una apropiación simbólica o imaginaria inédita que gratifique de la congénita impotencia del simbolismo frente a la realidad. Irritar significa entonces decepcionar al lector de los paradigmas culturales firmados que, por ser excesivamente conocidos, son ya ineficaces. Irritar reviene así a articular los excedentes a la luz de una intelegibilidad que

nos permita no sólo comprenderlos especulativamente, sino también, quizás, procesarlos en el futuro anterior de su eventual realización histórica. Al surgimiento de esta configuración simbólica inédita, LCL la llama *figura mimética* y supedita su percepción y descripción analítica a una superación de los principios miméticos romántico-realistas tradicionales que han regido nuestra comprensión y decodificación de la obra literaria: potencialidad de la visión interna del poeta, la realidad como expresión del genio nacional o del reflejo social o de la literaridad, etc. En pocas palabras, sustitución de una concepción esencialista del fenómeno literario por una transpositiva (cf. n. 1), proceso que implica un re-acondicionamiento de las categorías miméticas que rigen el análisis literario. ¿Qué es lo que este re-acondicionamiento significa en términos del proceso mimético, tal cual lo plantea LCL?

Con respecto a (2), reseñemos lo esencial de la reflexión teórico-literaria de LCL atingente al proceso mimético. Como lo vimos antes (cf. *supra*: 7), la producción y recepción mimética resultan de la dialéctica que se produce entre las fuerzas generadoras de *identificación* y de *diferencia* que movilizan la representación artística. Cuando predomina la primera —es un caso extremo— tenemos *kitsch*, e.d. identidad entre la representación estética propuesta por el texto y las representaciones socio-históricas que rigen la recepción; cuando predomina la segunda, e.d. el distanciamiento, podemos tener o *experiencia teórica*, cuando se genera un dialogismo de perspectivas interpretativas o *experiencia estética*, cuando se produce una "figura mimética":

"un conjunto de impresiones que no sean meramente pasivas tiende a precipitar una figura mimética cuando se organiza en torno de un cierto y preciso principio de selección. ...para que la mimesis se adultice, e.d. se torne expresamente productiva, es necesario que el objeto mimetizante provoque, allende la necesaria identificación del agente mimetizado, su reconocimiento —no digo consciente— de la *resistencia* que se le presenta, e.d. su reconocimiento de la *diferencia* de la fuente mimetizante. De lo contrario, lo mimetizado es apenas una *reproducción*, una copia". (*Op. cit*: 238)

En este párrafo confluyen varios núcleos de la reflexión teórico-literaria de LCL, comentémoslos paso a paso:

El primer requisito para la existencia de una figura mimética es la presuposición de un principio de selección que organice las representaciones suscitadas por la lectura. La existencia de esta organización condiciona, a su vez, el dinamismo y no la pasividad de las representaciones. En el caso de *Esau y Jacobo* —como lo vimos antes—, el dinamismo se manifestaba transformando los horizontes de expectativa del

lector mediante el procedimiento del palimpsesto, el cual radicalizaba y desdoblaba los paradigmas históricos superponiéndolos irónica y corrosivamente. Luego, el criterio que decide sobre el dinamismo del principio de selección es su capacidad, o no, de transformar el horizonte de expectativas culturales que determinan y condicionan la recepción; su capacidad para tomar una distancia crítica (e.d. no identificativa) con respecto a los códigos “ya sabidos”, a los estereotipos que naturalizan los sentidos conocidos. Desde esta perspectiva, este primer requisito de la figura mimética evoca la segunda experiencia que —según R. Barthes— caracteriza a la práctica semiológica: la de considerar los signos menos como materias inertes (semiofisis) o puramente clasificables (semioclastía) que como espectáculos virtuales, verdaderas *escenificaciones inéditas del significado*, todavía no automatizados por el imaginario social⁵.

El segundo requisito de la figura mimética, su requisito “adulto”, se subordina, por una parte, “al reconocimiento de la *resistencia* —no digo consciente— que se le presenta al texto mimetizante cuando identifica al agente mimetizado” y, por otra, “al reconocimiento de la diferencia con respecto a la fuente mimetizante”. Para especificar ambas condicionantes, LCL acude a dos nociones psicoanalíticas inter-relacionadas que se hace necesario discutir en detalle: la *identificación* y la *resistencia*. Este es el momento de deslindar una quinta perspectiva interpretativa incrustada en su análisis de *Esau y Jacobo* y, más en general, omnipresente en todo su texto: la del *psicoanálisis freudiano*.

QUINTO, testimonio del psicoanálisis freudiano. Con respecto a la “identificación”, la enseñanza freudiana nos dice que la identificación del objeto (o “imitación”, puesto que LCL observa con precisión teórica que éste es el núcleo de la novedad freudiana: la de proponer una nueva teoría de la mimesis —cf. *op. cit.*: 64) puede efectuarse de tres maneras: por inferencia figurativa con el objeto amado (inferencia la más próxima a la imitación por “reflejo”), por inferencia figurativa con el objeto rivalizado (por ejemplo: la niña tose como la madre con la que compite, e.d. substituye a la madre bajo la influencia de la culpabilidad— *loc. cit.*) y, finalmente, rompiendo con todo figurativismo, la identificación procede a representar al objeto mediante las *transforma-*

⁵“Esta semiología negativa es una semiología activa: ... no reposa sobre una “semiofisis”, naturalidad inerte del signo, ni tampoco es una “semioclastía”, es decir, implica una destrucción del signo. Ella sería, más bien, ... una *semiotropía*: volcada hacia el signo, cautivada por él, ella lo acogería, lo duplicaría y, en caso de ser necesario, lo trataría como un espectáculo imaginario. El semiólogo ... pone en escena los signos y se sirve de ellos como de un equívoco consciente”. (R. Barthes. *Leçon* [Paris: Seuil, 1978]: 38-9).

ciones por las que lo deforma, las cuales evocan al objeto construyendo homologías o transposiciones globales en relación a la situación total que sustentaba al objeto⁶. En consecuencia, esta identificación no opera atendiendo a las semejanzas entre los objetos y sus atributos sino que tomando en cuenta las diferencias entre relaciones que se parecen cuando se restituye la homología o transposición pertinentes. Esto es lo que significa "el reconocimiento de la diferencia con respecto a la fuente mimetizante" y uno de cuyos ejemplos, en *Esaú y Jacobo*, lo constituía el rol de la histeria tan finamente observado por LCL⁷. En suma, mediante esta digresión freudiana, queda claro que los fenómenos psicoanalíticos testimonian los mismos procesos transpositivos que

⁶Representación o figuración de objetividades mediante transformaciones que Freud desarrolla en el sexto capítulo de su *Interpretación de los sueños* y sintetiza, magistralmente, en la penúltima nota de ese capítulo. La nota no fue recogida en la correspondiente traducción española. Me permito resumir como sigue: la esencia del sueño no está ni en el contenido manifiesto (las imágenes oníricas) ni en el contenido latente (los acontecimientos, vivencias o procesos psíquicos que desencadenaron las imágenes del sueño) sino que en el *trabajo onírico que procesó y que transformó* al segundo en el primero mediante los procesos de condensación, de desplazamiento y de figurabilidad. "Es el *trabajo del sueño* el que crea al sueño, sólo él es la esencia del sueño y puede explicar su naturaleza particular". (cf. *The Interpretation of Dreams*. Traducción de James Strachey. [New York: Basic Books, Publ., 1955]: 506-7 n. 2).

Procesos de transformación que la interpretación del analista descubre y devela en el discurso en que se le cuentan los contenidos manifiestos y latentes. Discurso que el analista oye y proyecta como el escenario verbal donde el inconsciente del soñante actúa y representa los deseos y significaciones que lo desdoblan. La novedad teórico-literaria de LCL consiste en que nos propone leer de una manera similar los textos literarios. Por ejemplo, cuando insiste que la novedad ficcional de la obra de Machado de Assis, especialmente de *Esaú y Jacobo*, reside en que la figura mimética allí presente no puede identificarse ni con las instituciones socio-políticas contingentes, ni con el texto mismo, sino que con la producción ficcional descrita por el crítico a través de la restitución del trabajo textual (operado por el palimpsesto) en que consiste el esquema de la novela. El "trabajo textual" de la novela, constitutivo de la producción ficcional, no es ya independiente del "trabajo analítico" del crítico testimoniado en su interpretación. La interdependencia de ambos "trabajos" consiste en que el interpretativo construye su crítica aplicando al ficticio los mismos principios de comprensión que lo constituyen, e.d. vuelve a pasar por la misma longitud discursiva aunque por otra latitud operativa.

⁷En su análisis de *Esaú y Jacobo*, este tipo de reflexión fundamenta la hipótesis que LCL formula sobre el rol de la histeria en los personajes femeninos de Machado. Resumo más o menos libremente: la histeria es un ombligo que comunica con lo imaginario (y no ya con una matriz semánticamente rescatable) en la medida que la histeria funciona como un conjunto de orientaciones susceptibles de cristalizar varios posibles narrativos erótico-matrimoniales: mujer adorno del lar, viroide que hace del hombre "una flor doméstica", mujer rebelde a la espera de ser mejor domesticada o mujer que magnifica un affaire del pasado para mejor repudiar al mismo galán en el presente (sic.). (Cf. *ibíd.*: 245-6).

los descritos en literatura, con la ventaja suplementaria de que, además, le proporcionan un modelo teórico-práctico para describir y reflexionar las transformaciones que ambas ponen en escena.

Si el mecanismo de la identificación nos proporcionó un modelo comprensivo global de las diferentes maneras por las que la transposición podía escenificar las relaciones miméticas entre objeto mimetizado y objeto mimetizante; el estudio de la *resistencia*, en cambio, nos proporcionará un modelo para comprender los procesos intersubjetivos que surgirán entre los sujetos involucrados en el intercambio mimético, por cuanto “Delante del tú con que dialoga, el yo no encuentra un espacio abierto, transitivo y canalizado... sino que las resistencias a través de las cuales se efectúa y realiza la relación” (*Dispersa demanda*: 220).

Los sujetos involucrados por el estudio de la resistencia podrán ser intra— como extra-textuales; oposiciones tales como realidad/irrealidad, “ser de carne/ser de papel” de los personajes serán irrelevantes desde el momento que la descripción atiende a los procesos y no ya a entidades definidas por su menor o mayor correspondencia con verosímiles realistas o sustancialistas. Quiero decir, los procesos que definen la resistencia están tan presentes en las relaciones del narrador con el narratario (o con los personajes, o lectores virtuales, ideales o reales) como en las del autor con cada uno de ellos ... siempre que se considere la especificidad de sus relaciones y se restituyan las homologías pertinentes. El deslinde entre estudios inmanentes, por un lado, y externos (socio-históricos o psicológicos), por el otro, es así felizmente sustituido por la práctica de una aproximación interdisciplinaria que se atreve a esbozar intelegibilidades coherentes e inéditas entre el sujeto *que vive* (autor) con el *que escribe* (escritor) y, de entrambos, con el *que habla* (personaje) dentro del texto. Un ensayo de este tipo de reflexión lo constituyen las relaciones sugeridas entre la marginalidad del hombre Euclides de Cunha (ni “académicamente reconocido” ni “mundanamente legitimado” como tampoco “estrella aristocrática”) con la insistencia del escritor de Cunha en el “conocimiento socio-antropológico de nuestras disparidades”; el que, estilísticamente, se concreta a través del aspecto dislocado de las frases (“testimonio tanto de lecturas de diccionario como de aridez de ideas”). Dislocamiento, él mismo, diagramático de las diversidades culturales desarrolladas en los contenidos, a saber: “revelación de una nación interior que permanecía ignorada” (cf. *O contrôle...*: 201-20).

Los procesos intersubjetivos constituyentes de la resistencia no son explícitamente discutidos por LCL, aunque en distintos lugares de su texto aparezcan reflexiones o estrategias analíticas que indican que

estos procesos han sido considerados pero no documentados. Para discutirlos hay que hacer un breve excursus por la literatura psicoanalítica⁸.

El recorrido por los procesos configuradores de la resistencia (n. 8) hace más evidentes las razones que llevan a LCL, por una parte, a convertirla en una de las operaciones centrales para evaluar el carácter "adulto" de la mimesis (sea dentro de la recepción estética o en los estudios de ciencias sociales) y, por otra, a trabajar dentro de su hori-

⁸La resistencia, *grosso modo*, se comprende en relación a cuatro procesos:

1) En relación a su **DINAMISMO**: la resistencia suscribe la lógica de una *disyunción no exclusiva*. Esto significa que, si en un comienzo, la resistencia está atraída por dos polos antípodas (en un extremo por los contenidos inconscientes reprimidos, en el otro por la energía develadora del analista); en un segundo momento, la resistencia se hará visible mediante esas formas de compromiso que son los síntomas, los sueños, los lapsus o los actos fallidos. Formas discursivas todas que recelan hacia el exterior el equilibrio tenso, inestable y ambiguo producido por las dos fuerzas que la componen y desgarran interiormente. "Si perseguimos un complejo patógeno ... no tardamos en llegar a una región en la cual se impone de tal modo la resistencia, que las ocurrencias inmediatas han de contar con ella y *presentarse como una transacción* entre sus exigencias y las de la labor investigadora. La experiencia nos ha mostrado ser este el punto en que la transferencia inicia su actuación". Yo subrayo. (Cf. S. Freud. "La dinámica de la transferencia", *OO.CC.* II. [Madrid: Biblioteca Nueva, 1968]: 415-6).

2) En relación a su **ORIGEN**: la resistencia surge del *conflicto* que se produce cuando las energías psíquicas reprimidas son "sacudidas" por el discurso interpretante del analista. "Allí donde la investigación analítica tropieza con la libido, encastillada en sus escondites, tiene que surgir un combate". (*Loc. cit.*).

3) En relación a su **FUNCIONAMIENTO**: la resistencia opera en la *zona de intersección* de dos discursos: del "longitudinal" del analista con el "radial" del síntoma. El discurso del síntoma es "radial" en cuanto resiste de modo "centrípeto" el esfuerzo interpretante del discurso analítico, al cual trata de mantener distante de los haces centrales del núcleo patógeno. Lacan infiere una constante: "la fuerza de la resistencia es inversamente proporcional a la distancia en que se encuentre de los núcleos reprimidos". (J. Lacan. *Le séminaire 1: Les écrits techniques de Freud*. [Paris: Seuil, 1975]: 30).

4) En relación a su **PRODUCTIVIDAD INTERSUBJETIVA**: la resistencia, en su ápice comunicativo, genera dos discursos dialógicos: uno *transferencial*, cuando el sujeto analizado cristaliza su discurso como efecto del diálogo inconsciente de sus deseos con lo que le evoca la persona del analista, y uno *contra-transferencial* cuando ocurre lo inverso. (Además de los artículos correspondientes en el *Diccionario de psicoanálisis* de Laplanche y Pontalis, pueden consultarse con provecho las páginas 51-53 del libro citado de Lacan y, muy especialmente, "La férule" de O. Mannoni. *Ca n'empêche pas d'exister* [Paris: Seuil, 1982]: 65-84). Escribo "dialógico" para enfatizar que se trata de un discurso que se construye tensivamente (en relación a dos interlocutores internalizados que lo solicitan diferencialmente dentro de su mismo discurso) y gracias a la presión de la resistencia a la que satisface. El discurso transferencial aparece así como una mediación y realización lingüística de la resistencia a la cual tanto traduce como traiciona configurando un discurso *simultáneamente* logrado y fallido. Luego, la palabra que se emite "en trance de

zonte conceptual cuando exponga y desarrolle su hipótesis transpositiva de los fenómenos miméticos⁹.

¿Cómo no escuchar en lontananza el eco de estos procesos y, más en general, de la reflexión psicoanalítica? cuando LCL define la mimesis, desde el punto de vista del productor, como la

“acción de fingirse otro, experimentarse como otro ... usando el lenguaje no como medio informativo sino como un espacio de transformaciones ... posibilitadas por la propia ideación verbalmente formulada” (*Dispersa...*: 230).

Esta concepción de la mimesis re-actualiza los procesos inferidos del estudio de la resistencia, en cuanto “la acción de experimentarse como otro” o “de aproximarse a lo que no somos sirviéndose del lenguaje como un espacio de transformaciones” imponen al sujeto la experiencia transferencial y contra-transferencial, únicos recorridos dialógicos adonde el sujeto aprenderá la experiencia de su alteridad sobre el escenario desdoblado de un interlocutor que oficiará de caja de resonancia de las múltiples subjetividades que lo habitan. La subjetividad (o el texto así aproximado) será analizado como un campo de fuerzas en conflicto que el crítico describirá en sus zonas de articulación y desarticulación discursivo-sociales (lo que llamaba más arriba los contratos de referenciación). Sociales porque son siempre sociolectos los que hablan a través del sujeto o del texto. Son estos procesos los que contribuirán a dar cuenta de “la forma como se procesan las inter-acciones humanas”, vía única para resolver el círculo vicioso en que se aliena la discusión de orígenes entre las clasificaciones y las representaciones sociales¹⁰.

transferencia” (o de contra-transferencia) menos comunica que “abreacciona” las implicaciones de la interlocución durante la mediación misma. Uso el término en el sentido precisado por Lévi-Strauss: “los conflictos y las resistencias se disuelven no por el conocimiento, real o supuesto que el paciente adquiera progresivamente, sino porque este conocimiento hace posible una experiencia específica a través de cuyo curso los conflictos se realizan en un orden y sobre un plano que permiten su libre desarrollo y conducen a su conclusión. Esta experiencia vivida recibe en psicoanálisis el nombre de *abreacción*” (*Anthropologie structurale I* [Paris: Plon, 1958]: 219).

⁹Cf. su “Representação social e mimesis”. *Dispersa ...*: 216-36.

¹⁰“Si, entretanto las clasificaciones funcionan así como una especie de *grille* que nos orienta en el mundo y en relación a nosotros mismos ¿qué necesidad las origina? Y ¿por qué se actualizan a través de representaciones? Si no hay ninguna razón natural —biológica o cualquiera que sea— que las determina, su motivación tiene que ser social. Pero, esta respuesta origina un círculo vicioso: si el mundo social es “visto” desde las clasificaciones ¿cómo se entiende que éstas sean motivadas por el mundo social?” (*Op. cit.*: 220). La salida del círculo —según LCL— está en el estudio de “las formas cómo se procesan las inter-acciones humanas”. Sólo dando cuenta de su dialéctica se substituirá la esterilidad

Finalmente, allende estas demostraciones puntuales sobre la pertinencia de los cuatro procesos descritos más arriba —inferidos de la resistencia freudiana— y para mejor comprender los presupuestos con que LCL se sirve de la noción, quiero concluir este largo diálogo con *O controle do imaginário* mostrando la operatividad cognoscitiva que puede adquirir la resistencia dentro de su propia escritura cuando se la ha interiorizado como una estrategia analítica semi-permanente.

En su "Nota introductoria" al texto, LCL sintetiza en tres etapas lo esencial de su evolución teórico-metodológica con respecto al discurso literario. Primero: desdén de la mimesis, emplazamiento de lo ficticio en el nivel paradigmático y repudio del narcisismo crítico seducido por los charmes sintagmáticos. Enseguida: revaloración de la mimesis como un fenómeno transpositivo y vigilancia —no ya repudio— de la subjetividad crítica. Finalmente, en el presente de su "Nota", se pregunta: ¿sería posible construir una concepción meta-histórica de la ficción a partir de la superposición de los distintos moldes histórico-literarios descritos desde la época clásica hasta mediados del siglo 19? Esto es lo explícitamente dicho, analicemos ahora la manera en que lo dice, las implicaciones que de ello se derivarán para la estrategia de su análisis y la participación que en ello le cabe a la resistencia.

La evolución distinguida se construye sobre la inter-relación de dos perspectivas teóricas que cumplen desarrollos divergentes: la mimética y la subjetiva. Mientras la perspectiva mimética implica un recorrido "semánticamente rescatable", en la medida que evoluciona desde una refutación absoluta a su primer reconocimiento como efecto histórico seguido, eventualmente, de uno trans-histórico en el momento en que escribe; la perspectiva subjetiva, en cambio, aparece situada en "el punto límite de una interpretación semánticamente conducida" (cf. *op. cit.*: 246 n. 1); en cuanto es en relación a este límite, a este "ombligo" que el crítico construye su construcción analítica: "En este sentido, la construcción analítica es también construcción del sujeto analista. Pero construcción a partir de un ombligo que permanece siempre el mismo". (*op. cit.*: 8). Además, la perspectiva subjetiva está constantemente amenazada, seducida, por los espectros recurrentes del narcisismo y de la especularidad, los que interfieren la interpretación crítica substituyendo la problemática del objeto analizado por los de la subjetividad que analiza en la medida que el crítico es "incapaz, con todo, de trascender su personalidad" (*loc. cit.*). En suma, la objetividad

de la búsqueda de orígenes por la descripción de los mecanismos que ajustan/desajustan, aproximan/distancian, convergen/difractan los espectáculos por los que se efectúa la inter-acción humana. Y, en ellos, la resistencia oficia un rol mediador ineludible.

del objeto analizado no está más allá sino que *más acá* de los espectros narcisísticos o auto-referenciales sobre cuyo fondo se destaca. El crítico debe contar *también* con ellos para la objetividad de su construcción analítica en cuanto “la objetividad no es despersonalización sino dominio de la pasión” (*ibíd.*: 192). En otras palabras, el crítico debe documentar también sus resistencias para que éstas no lo priven de practicar lo que ya sabe. Esta es la causa de que la actitud de LCL frente a la subjetividad evolucione desde un primer repudio al de su replanteamiento como “subjetividad vigilada”, la que, finalmente, se concluye reconociendo como “ombligo” inevitable.

“Vigilar” significa así no “negar” el narcisismo sino que “dejarse quemar” por su influencia para registrar en sí mismo el terremoto de sus efectos, como si sólo viviendo la experiencia de lo que se rechaza se pudiera devenir “otro” que el que se era. Proceso que contribuirá a objetivar la construcción analítica en la medida en que una resistencia “testimoniada” (y no conservada bajo el modo de su ocultación o repudio) producirá un efecto de conocimiento sobre el proceso global de la interpretación. Un ejemplo de resistencia “testimoniada” nos lo ofrece el mismo LCL cuando reflexiona sobre los tres registros de dependencia ideológica que subyugan el sistema intelectual brasileño: “cultura auditiva”, “volteada hacia afuera” y “sin centro de decisión propio” (cf. *Dispersa demanda*: 15-26). Al respecto escribe irónicamente:

“Quien tenga hoy en día contacto con las instituciones universitarias sabrá lo poco que hemos mudado. La ostentación sólo ha dejado de ser tan mundana. Con la proliferación de las universidades las corrientes recientemente importadas devinieron un instrumento de carrera universitaria. Irónicamente el propio Lévi-Strauss vino a servir, a través del estructuralismo, para nuestro arribismo. (Escojo el ejemplo porque, para quién me haya leído, sabrá la deuda que mantengo con respecto al pensamiento lévi-straussiano)” (*Ibíd.*: 22).

En conclusión, el reconocimiento “objetivo” de los tres registros de dependencia ideológicos pasó, antes, por el auto-reconocimiento “subjetivo” del poder de su influencia en el proceso de su propia escritura. Diciéndolo de otro modo, si LCL descifra en su propia actividad intelectual lo que critica en el sistema intelectual brasileño es porque ha sido capaz de reconocer la intervención de esos espectros en su misma actividad intelectual. El distanciamiento de sí mismo significa también proximidad máxima con el centro de sus repudios. Transferencia y contra-transferencia intersectan a través de los discursos que las constituyen. Esta intersección de la transferencia y de la contra-transferencia discursiva funcionaría menos practicando una distancia

crítica (i.e. no devengo el que se me invita a ser gracias a la distancia que adopto con respecto a mi propio narcisismo) que practicando el modelo de una doble fascinación: fascinación, primero, con los espectros a los cuales se cede, seguido, enseguida, de una duplicada fascinación con lo que desborda a esos espectros y les marca los límites de su reino: la red alucinada en la que inter-actúan: las operaciones prestigio, fatuidad, arrogancia y desconocimiento de la realidad propia a que el estructuralismo se prestó en Brasil¹¹. En suma, se deviene otro que el que se era *pasando* de otro modo por los espectros que sostienen nuestros repudios, y no exorcizándolos por el camino del atajo.

La intersección de la transferencia con la contra-transferencia nos descubre lo que un discurso contiene tanto como lo que lo desborda y ciñe desde fuera significándolo en exceso con respecto a sus bordes previamente intelegibilizados. Este aprendizaje del exceso con respecto a lo ya sabido exige la práctica de otra mimesis que la estrictamente referencial y empiricista. El tipo de mimesis (productiva como receptiva) que LCL parece solicitar de su lector tiene mucho que ver con la intelección del diálogo tal cual tiene lugar en la experiencia analítica:

¹¹Recordando que el sentido revelador es también efecto de la fascinación duplicada no con el objeto sino que con lo que lo abisaliza y excede. Esta dialectización del narcisismo consistente en dejarse fascinar no una sino dos veces, como otra manera de superar la hipnosis producida por los verosímiles ideológicos, proviene de R. Barthes, quien la describe como sigue:

"Hay otra manera de ir al cine (que no sea armado por el discurso de la contra-ideología): la de dejarse fascinar *dos veces*: por la imagen y por su entorno, como si se tuvieran simultáneamente dos cuerpos: uno narcisista que mira, perdido en la proximidad del espejo, y uno perverso, preparado para fetichizar no la imagen sino, precisamente, lo que la excede: el grano del sonido, la sala, la masa oscura de los otros cuerpos, los rayos de la luz, la entrada, la salida: en suma, para distanciar, para desprenderse de la especularidad, yo complico una "relación" por una "situación". Lo que me fascina es, a fin de cuentas, aquello de lo que me sirvo para tomar distancia con respecto a la imagen". "En sortant du cinéma" (*Communications* 23, 1975: 106-7).

No reconozco en este R. Barthes, como tampoco en el semiólogo dedicado a desenmascarar las diversas formas que reviste la represión y el estereotipo político, social e ideológico en el lenguaje, la evaluación que hace de su actividad crítica LCL cuando la califica de "narcisista" y "especular" (cf. *Dispersa demanda*: 280). Sin embargo, creo que las razones de este equívoco hay que atribuir las, por una parte, a las resistencias que LCL documenta con respecto al inevitable subjetivismo de la actividad crítica (tan difícil de sobrepasar para el crítico en la medida que su construcción conceptual tiene *necesariamente* que pasar por allí) como, por otra, al mismo R. Barthes cuando asume tan desenfadadamente el subjetivismo que tantos problema ocasionó a LCL en su propia evolución conceptual (cf. "Nota": 8). Lo que ocurre es que ambos no hablan del mismo narcisismo ni de la misma subjetividad. Para Barthes, la fascinación subjetiva que vence su propia resistencia (i.e. el temor de permanecer en la especularidad) re-encuentra la objetividad del mundo a

discurso-red, discurso-espectáculo, discurso-transmutación de la historia personal y social a través del intercambio verbal entre interlocutores que son ellos mismos campos de fuerza históricos, prismas de intersubjetividades encontradas que, al dialogar, construyen matrices semánticas, provisoriamente interpretantes y entrañablemente verdaderas, por las cuales tanto configuran como transforman el espacio mutante en que inter-actúan.

Con respecto al movimiento discursivo por el que se objetivan los excesos creo que éste consiste en —lo que llamaría— una *contramarcha enunciativa* frente a su propia escritura. Esto significa re-leer lo que se escribe, en el momento en que se lo escribe, como si fuera de otro. Este sutil desplazamiento enunciativo de la conciencia introduce una distancia reflexiva. Creo que el proceso puede seguirse de la siguiente manera: desde el presente performativo “corrijo lo que acabo de escribir”, el escribiente 2 cambia los sentidos con que el escribiente 1 se identificaba (en el momento anterior de su presente perfecto “he escrito” o “acabo de escribir”) a causa del efecto retroactivo que el presente performativo ejerce sobre el perfecto. El efecto retroactivo del uno sobre el otro hace que los sentidos con que el escribiente 1 se identificaba en el perfecto

través del circuito inter-subjetivo en que esa subjetividad está inserta. Parafraseando la conocida afirmación lévi-straussiana con respecto al formalismo, se podría argüir que si la práctica de un subjetivismo incierto nos deja enclaustrados en las trampas especulares del Ego; la práctica de un subjetivismo dinámico y consecuente, en cambio, nos hará re-encontrar las salidas de la prisión subjetiva recorriendo los circuitos dialógicos que sostienen a esa subjetividad y, en relación a los cuales, la subjetividad misma no es más que uno de sus eslabones.

En realidad, el Yo barthesiano se construye desde un El no-subjetivo, él mismo enfocado desde una cadena inter-subjetiva que —desde el punto de vista del análisis crítico— no es otra cosa que el examen del discurso desde los procedimientos que rigen su producción y reconocimiento sociales. En este sentido, Barthes sabe que su Yo subjetivo, auto-referencial, narcisístico e infatuado será inevitablemente demolido cuando pase por esa máquina trituradora de Narcisos que es el examen meta-lingüístico “sin barreras” a que no podía dejar de someter su propio discurso crítico: “Y, a menudo, lo que le es necesario deshacer, no es la banalidad de la opinión corriente sino que la suya propia; el discurso que primero le viene es banal, y no es sino luchando contra esta banalidad original que poco a poco él escribe”. (*Roland Barthes par lui-même*. [Paris: Seuil, 1975]: 141). ¿Será hacia este tratamiento de la subjetividad que evolucionará la investigación de LCL una vez exorcizados sus espectros narcisistas? En todo caso, habrá que estar atento a sus rumbos.

Así se entiende que, frente a la ya manida oposición de subjetividad vs. objetividad, Barthes reivindicaba una “cierta subjetividad: la subjetividad del no-yo opuesta al mismo tiempo a la subjetividad del sujeto (impresionismo) y a la no-subjetividad del sujeto (objetivismo)”. (Cf. “Les sorties du texte”. (Ed. Ph. Sollers) *Bataille* [Paris: U.G.E., 1973]: 59).

devengan "otros", "extraños", con respecto a la postura enunciativa 2 cuando ésta los re-enfoca excediéndolos desde un momento posterior. Este re-enfoque es el que introduce la distancia necesaria para que haya conocimiento; distancia que también podemos llamar "diferencia" ("diferencia con respecto a la fuente mimetizante") o "resistencia" a causa de los obstáculos que el narcisismo opone a "esta estrategia contra la indisolubilidad del yo" (*op. cit.*: 238, 178). Agreguemos, además, que el proceso observable con respecto al objeto se reproduce también con respecto al sujeto, el cual deviene otro que el que era como efecto de la segunda postura enunciativa. Este proceso nos descubre dos caras, dos sentidos en el discurso de LCL: el fascinado, que también lo constituye, y el revelador que lo enjuicia "objetivamente" mediante la contra-marcha enunciativa. Esto significa que LCL escribe desde la tensión de dos posturas enunciativas simultáneas: la del que afirma y la del que pone en escena las presuposiciones de lo afirmado (o los bordes de lo resistido). Escritura de dos ejes que es la que le permite crear el distanciamiento pragmático con respecto a lo dicho tanto como al sujeto que lo dice. De esta manera esta escritura deviene el emblema de la mimesis por la que alega: "estrategia contra la indisolubilidad del yo" (*ibíd.*).

El "ombligo" subjetivo (cf. "Nota": 8) se revela entonces habitado, cruzado de intersubjetividades que lo sobredeterminan y que, de hecho, interfieren el discurso de la construcción analítica haciéndolo decir lo que éste puede no querer decir aunque lo diga, y viceversa. El discurso crítico, como el ficticio, surge desde la zona de intersección de sistemas heterogéneos de determinaciones tanto en el nivel referencial (de lo dicho) como en el subjetivo (del sujeto enunciante o escribiente). Observación que no postula su identidad, puesto que uno se orienta a la primacía semántica y el otro hacia su dispersión, sino que subraya su común proveniencia de un circuito intersubjetivo (y no subjetivo) polarizado entre dos ejes desajustados (y no ajustados) que LCL se complace en escenificar: por un lado, el de la afirmación en presente anterior; por el otro, el del reconocimiento distanciado de los procedimientos que la hicieron posible, en presente performativo.

Concluyo estas reflexiones sobre *O controle do imaginário* sin pretender recapitular los aspectos considerados. Creo que es un libro múltiple porque a través de su itinerario reflexiona sobre algunos de los problemas fundamentales en torno a los que se articula y desarticula nuestra cultura y crítica latinoamericanas. De hecho, más que a una lectura, a lo que este libro nos invita es a continuar el diálogo suscitado en la cabeza del lector sobre el terreno de la investigación de cada uno de nosotros.

Libro matriz de escrituras por venir, o de lecturas "resistentes", más que de lecturas complacientes que ya cuentan con su lugar "mundanamente legitimado" o "académicamente reconocido".